

CAPÍTULO VIII.

Conclusion de todo el discurso precedente, en la que se manifiesta que es menester referirlo todo á una Providencia.

Pero acordaos, Sermo. Sr., que este largo encadenamiento de las causas particulares que contribuyen á la creacion, engrandecimiento y ruina de los imperios, depende de las órdenes secretas de la divina Providencia. Dios desde lo alto de los cielos, tiene asidas en sus manos las riendas de todos los reinos, asi como tambien tiene en las mismas todos los corazones: tan pronto refrena las pasiones, como les da rienda suelta y pone en agitacion y conmueve á todo el género humano. Quiere suscitar conquistadores: háceles preceder del terror y del espanto, é inspírales á ellos y á sus soldados un valor y una osadía invencibles. Quiere que aparezcan legisladores: envíales su espíritu de sabiduría y de prevision; haciéndoles prevenir los males que amenazan á los estados, y asentar los fundamentos de la trauquilidad pública. Conoce la sabiduría humaná, limitada bajo cualquier punto de vista que se la mire; la ilustra, estiendé su prevision, y despues la abandona á su ignorancia, la ciega, la precipita, hace que ella se confunda á sí misma: la pierde, la confunde y embaraza en sus propias sutilezas, y las precau-

ciones mismas que toma son un lazo en que se enreda y cae. Por este medio Dios ejerce sus terribles juicios segun las reglas de su justicia, siempre infalible. Él es quien prepara los efectos en las causas mas lejanas, y quien descarga estos grandes golpes, cuyas resultas hácese sentir tan de lejos. Cuando quiere soltar las riendas y destruir los imperios, todo es débil é irregular en los gobiernos que los rigen. El Egipto, en otro tiempo tan sábio, se engrie, se aturde y titubea porque el Señor le hirió con un espíritu de vértigo; ya desde entonces no sabe lo que se hace, y es perdido. Pero que no se engañen los hombres en esto: Dios vuelve á enderezar por buen camino, cuando le agrada, al extraviado; y aquel que insultaba la ceguedad de los otros, cae él mismo en una oscuridad mayor, sin que sea necesario las mas veces otra cosa para trastornarle su razon que gozar de una larga prosperidad.

Asi es como Dios reina sobre todos los pueblos. No hablemos de azár ni de fortuna, ó si usamos de estas palabras, usemos de ellas solamente como de nombres de que nos servimos para esplicar lo que ignoramos. Lo que es un azár, con respecto á nuestras resoluciones, es un designio meditado en un consejo mas alto, es decir, en aquel consejo eterno que encierra en sí todas las causas y todos los efectos en un mis-

mo orden. De esta manera todo concurre al mismo fin; y por no conocer el todo es por lo que nosotros calificamos de azár los resultados particulares.

Por esto se verifica lo que dice el apóstol, que "Dios es feliz, y el solo Poderoso, Rey de los Reyes, y Señor de los Señores." Feliz, porque su reposo es inalterable, porque ve mudarse todo sin mudarse él mismo, porque hace todas las mudanzas por un juicio irrevocable; porque es quien da y quien quita el poder, quien le transfere de un hombre á otro, de una dinastía á otra, de un pueblo á otro, para manifestar que todos le tienen prestado, y que él es el único en quien reside naturalmente.

Es la razón por qué todos los que gobiernan se sienten subordinados á una fuerza superior. Hacen mas ó menos de lo que piensan, y jamas sus resoluciones han dejado de tener efectos imprevistos. Ni son dueños de las disposiciones que los siglos pasados han puesto en los negocios, ni pueden prever el curso que tomará el porvenir, bien lejos de poderle forzar. Solo Dios es el que lo tiene todo en su mano; quien sabe el nombre del que es, y del que no existe todavía; quien preside á todos los tiempos, y previene todos los juicios de los hombres.

Alejandro estaba bien distante de creer que trabajaba por sus capitanes, y que arruinaba su

casa con sus conquistas. Cuando Bruto inspiraba al pueblo romano un amor inmenso á la libertad, no pensaba que sembraba en los ánimos el principio de aquella licencia desenfrenada, por la que la tiranía que queria destruir debía algun dia restablecerse con mas dureza que en tiempo de los Tarquinos. Cuando los Césares mimaban á sus soldados, por cierto que no lo hacian con el designio de que destituyesen á sus sucesores, y fuesen ellos los árbitros de dar soberanos al imperio. En una palabra, no hay poder humano que no sirva contra su voluntad para otros designios que los suyos. Dios solo es quien sabe reducirlo todo á su voluntad. Es por lo que todo es sorprendente, no mirándolo mas que por las causas particulares, pero sin embargo, todo camina por un orden fijo y arreglado. Este discurso os lo hace ver bien claramente; y para no hablaros de los demas imperios, ya habeis visto por cuántos juicios imprevistos, pero siempre correlativos en sí mismos, ha sido conducida la suerte de Roma desde Rómulo hasta Carlo-Magno.

Asi que V. A. misma se halla ya en estado de descubrir todos los secretos, y en mano de V. A. está observar en ellos todo el orden inmutable y la sucesion no interrumpida de la religion, asi como el orden y sucesion de los grandes imperios hasta Carlo-Magno.

Al paso que vereis caer todos estos imperios por sí mismos, vereis sostenerse la religion por su propia fuerza, y por este medio vendreis fácilmente en conocimiento de dónde está la sólida grandeza, y en qué debe poner su esperanza un hombre de razon.

FIN.

grandes imperios hasta Carlo-Magno. V. A. esta observar en ellos todo el orden in- mutable y la sucesion no interrumpida de la religion, asi como el orden y sucesion de los de descubrir todos los secretos, y en mano de V. A. misma se halla ya en estado mulo hasta Carlo-Magno. Asi que V. A. misma se halla ya en estado ha sido conducida la agente de Roma desde Ro- vistos, pero siempre correlativos en sí mismos, rios, ya habeis visto por cuántos juicios impre- mente; y para no hablaros de los demás impe- glado. Este discurso os lo hace ver bien clara- embargo, todo camina un orden fijo y arte- mas que por las causas particulares, pero sin por lo que todo es sorprendente, no mirándolo es quien sabe reducido todo á su voluntad. Es tal para otros designios que los suyos. Dios solo poder humano que no sirve contra su volun- beranos el imperio. En una palabra, no hay sucesores, y fúesen ellos los árbitros de dar so- hacian con el designio de que destruyesen á sus miraban á sus soldados, por cierto que no lo tiempo de los Turquinos. Cuando los Césarés aun dia restablesca.

ÍNDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

CONTINUACION DE LA SEGUNDA PARTE.

CAP. XV. De la esperanza del Mesías; en qué se fundaba; preparacion para su reinado y para la conversion de los gentiles. Pág. 1

CAP. XVI. De la prodigiosa ceguedad de la idolatria antes de la venida del Mesías. 5

CAP. XVII. De la corrupcion y de las supersticiones que reinaban entre los judíos; y de las falsas doctrinas de los fariseos. 10

CAP. XVIII. Aumentase la corrupcion entre los judíos; señal de su decadencia segun el profeta Zacarías lo predijo. 12

CAP. XIX. De Jesucristo y de su doctrina. 15

CAP. XX. De la bajada del Espíritu Santo; del establecimiento de la Iglesia; de los juicios de Dios sobre los judíos y sobre los gentiles. 49

CAP. XXI. Reflexiones particulares acerca del castigo de los judíos y de las predicciones de Jesucristo que le habian anunciado. 70

CAP. XXII. Esplicanse dos memorables predicciones de nuestro Señor; y justificase su cumplimiento por la historia. 87

CAP. XXIII. De la continuacion de los errores de los judíos, y de la manera con que ellos esplican las profecías. 103

CAP. XXIV. De las circunstancias memorables de la caída de los judíos; y de la continuacion de sus falsas interpretaciones. 120

CAP. XXV. Reflexiones particulares sobre la conversion de los gentiles. Profundo juicio de Dios en quererles convertir por la cruz de Jesucristo. Manera de discurrir de S. Pablo acerca del medio escogido por Dios para convertirlos. 128